

## *Chan Lee, por Thomas Cheilan*

---

El rumor se difundía por Diyu. La guerra estaba cerca. Una brecha había aparecido en los dominios y se había enviado al otro lado a una compañía para que explorara. En todos los distritos, se había ordenado reagrupar a la milicia. La agitación se apoderaba de la capital hacia la que se dirigían los inmortales para conocer su destinación.

Los Mandarines se encargaban de vigilar los suburbios de Yumíng, porque el imperio temía que los espías aprovecharan la multitud para intentar infiltrarse dentro del santuario sagrado de Míngfu.

Un funcionario Condenado fue advertido de la llegada de un monje exclaustro de forma sospechosa. Consultó los archivos, luego hizo que le indicaran el hostel donde el hombre se había alojado.

Cuando el condenado entró en el establecimiento, escrutó uno a uno a los miembros de la asamblea presente, luego se sentó a la mesa entre los viajeros que no practicaban la abstinencia. Pidió bebida para sus compañeros de mesa y empezó a contarles una historia.

“- Antaño, un joven monje acompañó a Diyu a una de esas caravanas de vivos donde el comercio con estos dominios está permitido. El camino para venir hasta aquí desde las tierras mortales está lleno de trampas. Cuando la expedición llegó a la capital, sus miembros explicaron cómo su joven compañero les había salvado, repetidas veces, de peligros que les acechaban en el camino. No escatimaban elogios hacia él, tanto fue así, que los maestros de la Casa de Jade acabaron por interesarse por este individuo.

Fue invitado a unirse a las filas de la escuela imperial, un honor que no se rechaza.

Enseguida, el joven monje descubrió su extraordinaria predisposición para las artes marciales. Lo dejamos entrenarse en el combate sin guantes, tal y como había pedido él.

Sin embargo, los Mandarines de la ciudad lo investigaron. Supieron que el joven monje había sido acusado de violación y de homicidio, y que había huido de las tierras mortales para no ser juzgado. Diyu no debe permitir a nadie escapar de la ley. Es por eso que los Mandarines lo sometieron a la justicia del lugar. Pero los hechos de los que se le acusaba, carecían de fidelidad. Los jueces se sintieron satisfechos con el procedimiento. Habríamos podido hacerlo confesar, pero allí es una práctica que se reserva para los condenados. Ellos decretaron el Calvario (ordalía), el juicio celeste: un duelo contra un Maestro de las Espadas cuyo resultado declararía la inocencia o la culpabilidad del joven monje.

El día del enfrentamiento llegó. El adversario del acusado era un combatiente de renombre. Manejaba la espada a la perfección y nadie lo había vencido jamás en duelo desde hacía más de un siglo. No hay que decir que de no haber un milagro, ya estaba todo decidido. El joven monje luchó con ardor, no cedió ante su enemigo y, por un momento, lo superó. Pero tenía que enfrentarse a un espadachín extraordinario y la única arma que usaba él era su cuerpo. Su adversario lo derribó de un horrible tajo en la cara. El monje había perdido el duelo. El Calvario lo condenaba a muerte.

No obstante, pasó lo impensable. El espadachín se negó a ejecutar a un combatiente que había conquistado su respeto, violando así la ley celeste y exponiéndose a la condenación eterna. He aquí que se planteó un espinoso problema jurídico. ¿Qué hacer con el maestro de espadas? ¿Y con el monje? Acudimos al soberano para resolverlo. Éste aforó el asunto con mucha atención. Decretó que la sentencia de condenación eterna sólo podía efectuarse en el momento de la muerte del culpable. Y por aquel entonces el Maestro de espadas estaba bien vivo. Así pues, el juicio debía suspenderse hasta la llegada de ésta (nt: de la muerte del maestro de espadas)... Y como causa de este efecto, la suerte reservada para el monje dependería del destino de su bienhechor. Poco después, éste fue llamado para unirse a la guardia privada de Yanluowang, en el santuario de Míngfu. Nadie sabe qué fue de él después de esto.

En cuanto al monje, su juicio quedó pendiente, y la población le consideró sospechoso. Los maestros de la Casa de Jade lo mantuvieron aparte para evitar disturbios. Él se dedicó a entrenarse día y noche, recluso en el patio interior de un templo de la capital. Para fortalecerse, no dejaba de golpear los miembros contra la madera, la piedra y luego el metal.

Nadie en la vecindad podía ignorarlo, porque forjaba su cuerpo hasta convertirlo en un arma indestructible, del mismo modo que el herrero bate el hierro, el sonido de su entrenamiento frecuentaba las noches de sus detractores. Muchos jóvenes combatientes, desesperados por la partida hacia Míngfu del que fue su modelo,

alimentaron un rencor tenaz contra el monje. Y cada noche su odio hacia él se intensificaba. Ellos hicieron correr por todo el dominio el rumor de que la Casa de Jade albergaba a un criminal. El asunto tomó proporciones dementes, dividiendo incluso a los mismos alumnos. La enseñanza de todos ellos peligraba. Porque el alboroto corrompe la meditación.

Finalmente, los maestros decidieron expulsar al monje. Entonces, comenzó para él un largo vagabundeo. Allá donde iba, se encontraba con jóvenes combatientes que lo desafiaban. Lugares como este fueron el escenario de increíbles peleas, al final de las cuales más de una pared del recinto ya no se tenía en pie. El monje fue declarado promotor de disturbios y, por lo tanto, una persona fuera de la ley por su participación en estos combates. Perseguido por la milicia, la carga de sus crímenes aumentaba. Porque cada lugar en el que hacía un alto se transformaba en campo de batalla, cada pueblo donde aparecía acababa devastado. Ante una superioridad numérica de adversarios, su rabia era su mayor fuerza, pero también su mayor falta contra el orden establecido.

Atacaba sin cesar con sus puños. Éstos acabaron por sufrir la metamorfosis. Finalmente, comprendió de qué exceso era culpable. Y el monje desapareció. Se dice que se exilió en las desolaciones heladas que bordean el dominio y que vive como ermitaño.”

Desde luego, el monje exclaustro se encontraba en la reunión que el funcionario había escogido para exponer su cuento.

El monje se levantó y, enderezando su sombrero de ala ancha, todos pudieron contemplar la horrible cicatriz que marcaba su cara, así como sus manos híbridas. Por un momento, los viajeros creyeron que iba a devastar el hostel.

Avanzó lentamente hasta el funcionario para decirle: “diles a los Mandarines que no volví para crear disturbios. La guerra se acerca, quiero unirme al bando de Yanluowang, mi único señor. “Reajustó su sombrero y dejó el hostel, mezclándose entre la muchedumbre.

– ¿Eso es todo?– Exclamó uno de los viajeros–. Los centinelas imperiales no van a detenerlo por sus delitos? ¿Dónde está la ley?

– Sus deudas con la ley fueron anuladas hace tiempo, incluso él lo ignora - respondió el funcionario-. El verdadero culpable del crimen por culpa del cual abandonó las tierras mortales reconoció sus malas acciones y las expía en los dieciocho infiernos.

– Pero entonces, ¿por qué no se lo dicen?- Preguntó otro viajero. – Porque aunque la Justicia de Yanluowang finalmente tuvo la última palabra – dijo el funcionario-, esto no cambia en nada la injusticia que consumió el corazón de este hombre. Fue acusado del homicidio de su amada y pasó una gran parte de su existencia expiando las faltas de otro. Fue rechazado, perseguido y humillado. Lo considerábamos un criminal mientras fue puro. Ese hombre sólo es un santuario de la rabia que descarga a través de sus puños. Su espíritu está constantemente consagrado a contenerla. Para él nunca habrá descanso posible, ni salvación. Yumíng podría dar a conocer públicamente que es inocente, pero esto sólo le recordaría a la población una historia completamente olvidada por todos... salvo por él. ¿Para qué reavivar una herida que no puede cicatrizar? Que luche contra los enemigos del dominio, el campo de batalla es el único lugar donde puede apaciguar su tormento... Tormento que lo consagra a la condenación eterna. Qué pelee para el pueblo de Qin, y que tan sólo por un instante, mientras sus manos desgarran las filas enemigas, esté en armonía con sus hermanos, que la paz mental lo invada y resuene como el último acto de amor dedicado a aquella que fue para él como el cielo.

**Cuentos de Diyu**

## *Li Tsu Tsin, por Thomas Cheilan*

---

La compañía de los demonios había sido aniquilada en las desolaciones heladas que rodean Diyu. Un único superviviente, su embajador infernal, había encontrado refugio en una cueva cercana: un auténtico laberinto de hielo de mil reflejos.

Los inmortales cercaban este lugar, privando al fugitivo de toda esperanza de salvar su miserable pellejo. Li Tsu, que había llevado a los combatientes a la victoria, penetró sola en el interior, al acecho de su enemigo.

– No te hagas demasiadas ilusiones sobre cómo acabará nuestro próximo enfrentamiento - suspiró la infernalista-. Si vengo sola no es para concederte una posibilidad de vencerme en un duelo, demonio.

Contempló su reflejo en el hielo. El lado de su cara afectado por la hibridación era horroroso. Una sonrisa naciente demostró su satisfacción.

– ¡Zorra! – Respondió el embajador con voz temblorosa- ¡No rendiré las armas! ¡Ven buscarme!.

Li Tsu alzó la mirada, escuchando al eco rebotar en la cueva desde el fondo del laberinto.

– Sabes, este tipo de discursos me cansan en seguida - dijo -, muéstrate un poco más respetuoso.

– ¿O si no? Replicó la voz temblorosa.

Li Tsu continuó escuchando atentamente. Ella se inclinó ligeramente hacia atrás para acariciar con una mano su inmundicia híbrida, que se movía en el aire dibujando almocárabes invisibles. Su reflejo en el hielo imitó su gesto.

Luego se adentró por uno de los laberintos, dejándose guiar por lo que le indicaba su oído.

Como el demonio se impacientaba al no oír respuesta a su provocación, continuó una vez más:

– ¿Y entonces? ¿Qué pasará? ¿Tu señor va a echarme mal de ojo para que me vuelva tan feo como tú? Entre nosotros, ¿qué hiciste para merecer tal castigo? ¿Lo engañaste con un demonio de carne? ¿Con un Colmillo del Infierno?

– Estás muy lejos de la verdad, pérfido demonio, y sin embargo estás mucho más cerca de lo que podrías imaginar - suspiró el híbrido.

El embajador infernal comprendió que se acercaba. Corrió en la dirección opuesta de donde venía la voz de su enemiga. Pero cayó en un pozo, y su cuerpo chocó contra el fondo. Al abrir un ojo, vislumbró en las alturas a Li Tsu que lo miraba, con ambas manos apretadas sobre la guardia de su espada.

- Me gusta oír el eco de mi voz en este laberinto y contemplar mi reflejo en el hielo – comenzó-. Antaño tenía un cuerpo virgen y puro. Me entrenaba duramente y respetaba, con la mayor disciplina posible, todos los ritos ascéticos de la Casa de Jade. Mis superiores no dejaban de elogiar mi rigor y mi devoción. Yo admiraba a mi compañero de armas más allegado y abrigaba hacia él un ardor secreto aunque inocente. Luego llegó el día en que fue ascendido al rango de Maestro de las espadas, rango que me fue denegado. Entonces comprendí que sus halagos hacia mí sólo eran una forma de relegarme a su sombra. Nuestros mentores preferían ver llegar a la cima a su hijo espiritual. Comprendí que habían privilegiado su enseñanza y que habían pretendido que yo fuera una criada dócil. Una noche, me introduje en sus aposentos y le regalé mi virginidad. Le ofrecí el éxtasis de la carne robándole la vida. Me llevaron ante nuestro soberano para ser castigada. Pero Yanluowang decretó que había ganado este duelo con mis propias armas. Por consiguiente, no había crimen que castigar. Me dio su inmunidad y me mostró el éxtasis de la metamorfosis. Mi hibridación me colma y ya no necesito a un amante. Y cuando contemplo mi reflejo en el hielo, siento un profundo bienestar. Es por eso por lo que me gusta entrar a solas en este lugar a perseguir a mis presas.

El embajador infernal intentó levantarse para buscar un camino por el que huir. Entonces, descubrió decenas de esqueletos de sus congéneres que habían perecido en este santuario antes que él.

– Mira cómo es protegido el dominio de mi Señor – sonrió Li Tsu.

# *Maestro de Espadas demonio, por Thomas Cheilan*

---

En las fronteras de Diyu, todos los aldeanos de Ping Zhou se habían rebelado. Los campesinos ya no cultivaban las tierras y guardaban los frutos de su trabajo bajo custodia. Esta noticia entristecía al funcionario condenado al mando del distrito, porque los campos causantes del litigio producían buenas cosechas destinadas a la capital. ¿Cómo reaccionarían los mandarines si no se pagaba el tributo anual? Seguramente buscarían a un responsable al que castigar... Para acabar con la rebelión y salvar su cabeza, el funcionario había reunido una pequeña milicia y había cercado al pueblo rebelde.

Sin embargo, incluso estando acompañados por algunos centinelas demoníacos, los combatientes no eran bastante numerosos para tomar el lugar sin sufrir importantes pérdidas. Informado de la situación, un Maestro de espadas marcado por los estigmas de los Infiernos, acudió como refuerzo de la tropa. Se alegraron cuando lo vieron llegar desde lejos. Con los brazos cruzados sobre el pecho, se acercaba por la senda, transportado por dos de sus grandes tentáculos. Los rasgos particularmente duros de su cara evocaban un temperamento firme y determinado. "Con él - pensó el funcionario- el orden se restablecerá rápidamente y conservaré mi puesto. "

Pero el inmortal no pidió que se le cedieran refuerzos. Ni siquiera analizó a la compañía, no halagó la valentía de sus compañeros armados, tal y como lo hace un aliado antes de pasar al asalto. Lo único que parecía preocuparlo era el puesto fronterizo de Ping Zhou. Informó al funcionario de su intención de empezar las negociaciones con los aldeanos y se fue a su encuentro.

El Maestro de Espadas fue acogido en la gran sala central, donde normalmente se celebraban los consejos y las ceremonias. Allí, se reunieron un gran número de campesinos armados. Parecían haber recibido un riguroso entrenamiento marcial, cosa que no pasó desapercibida al Inmortal. Éste, se sentó en medio de la sala adoptando la posición del Loto, dejando flotar a su alrededor los tentáculos y la espada a la vista. En silencio, miró detenidamente a cada uno de los miembros de la asamblea mientras esperaba la llegada del jefe del pueblo.

Finalmente, éste llegó. Se acomodó entre los demás, sin empezar él la conversación.

- Tengo mucha sed- dijo el Maestro de Espadas-. Me dijeron que los graneros de este lugar rebotaban riquezas. Para qué rebelarse cuando se poseen las mejores cosechas del distrito y se continúa practicando la abstinencia.

La vacilación se leía claramente en el rostro del jefe. Se ausentó un largo momento antes de volver y ordenó que se diera de beber y de comer al visitante.

El Inmortal empezó a comer ante los aldeanos. Para los campesinos de Diyu, que rompen el ayuno sólo una vez al año, durante el Pudu de Zhongyuanjie, el banquete de la fiesta de los muertos muertos de hambre, asistir a este espectáculo era una tortura atroz.

Así, poco a poco el rencor se apoderaba de la asamblea, ya que el invitado no parecía tener intenciones de finalizar su festín, el jefe por fin se decidió a interrogarle:

- Te pagamos con nuestro bien máspreciado, danos tú una muestra de confianza.

A estas palabras, una gran sonrisa jovial cruzó la cara del Inmortal, como si una placa de hielo acabara de romperse. Expuso detalladamente las posiciones y el número de agresores que asediaba el pueblo. Además, sugirió algunas maniobras para librarse del enemigo sin sufrir pérdidas.

- He aquí un aliado providencial - dijo el jefe.

Pero aún sospechaba y le pidió al Maestro de las Espadas que les contara sus motivaciones. Éste habló sin tapujos:

- Soy un ser vivo que descendió a los Infiernos para seguir seguir las enseñanzas de la Casa de Jade y proteger los dominios del rey Yanluowang de sus enemigos. El cabello y la barba siguen creciendo, pero aquí abajo no se nota el paso del tiempo. Entonces, seguí la filosofía de los puros y el camino mostrado por mi maestro durante siglos... Según él, es el espíritu lo que te permite ganar un combate, no el dominio perfecto de la espada. Pero fracasé en mis búsquedas. Maté al enemigo cuando yo era el más fuerte o el más traidor. Evité el enfrentamiento cada vez que mi adversario me superaba. Cansado de mis fracasos, quebranté mi juramento de fidelidad a la Casa de Jade. Después, me volqué en los excesos, comí hasta reventar y busqué todos los placeres que pudieran satisfacerme. Por eso mi cuerpo sufrió la metamorfosis. Pero me divierte, y eso es lo único que importa. Si matáis a todos vuestros agresores,

nadie sabrá que los traicioné. Si perdéis la batalla, estamos cerca de la frontera: podré escaparme fácilmente lejos de Diyu. La única lección que hay que mantener de la existencia, es que jamás hay que privarse de la oportunidad de una buena comida.

A estas palabras, la asamblea cedió a la agitación. Los condenados habían escuchado atentamente el discurso del Maestro de Espadas de la misma forma que habían envidiado cada bocado que él daba. Un mozo corpulento exigió que se abrieran los graneros.

– ¡De ninguna manera!- exclamó el jefe del pueblo-, ¡debemos conservar las cosechas como moneda de intercambio para obtener nuestra libertad!.

Pero los campesinos hambrientos se lanzaron contra las reservas y, ebrios de alegría, comenzaron a preparar un gran festín.

Desesperado por la situación y sin saber que hacer, el jefe de pueblo corrió, junto con unos pocos, a refugiarse en una pequeña casa. Sin embargo, en medio de la confusión general, nadie vigilaba al inmortal que lo siguió sin problemas. Sus tentáculos hicieron saltar un trozo de pared y, de con un movimiento, decapitó al gran demonio rojo que se escondía en el interior.

– Al amanecer, los campesinos estarán borrachos y saciados. Tomaremos el pueblo sin dificultad- dijo el inmortal al enfundar su espada.

– ¿Entonces todo lo que dijiste era mentira?- Preguntó el jefe de pueblo, con despecho.

– Todo lo contrario, todo lo que conté de mi vida es verdad. Simplemente omití decir que tube que abandonar la Casa de Jade para poder poner en práctica las lecciones de mi maestro. Observo el terreno y al enemigo que se esconde allí, imito sus comportamiento convirtiéndome en culpable de todos sus pecados y, de este modo, triunfo mediante el espíritu.

El pueblo fue tomado sin derramamiento de sangre. Los campesinos regresaron a su trabajo y el inmortal ató al jefe en una carreta para enviarlo a la capital dónde sería juzgado por sus crímenes. El funcionario del distrito se les acercó para obtener explicaciones.

– Es muy simple- dijo el Maestro de espadas-. Un pueblo fronterizo siempre suscita la codicia del enemigo. La rebelión que se levantó aquí era sospechosa. Vi que los campesinos habían recibido entrenamiento para la guerra. Esto reforzaba la hipótesis de la presencia de un espía que jugaba entre nosotros. Cuando pedí comida y bebida, el jefe del pueblo vaciló en satisfacerme y tomó su decisión después de haberse ausentado. Esto sugería que otro le decía lo que debía hacer. Pero mi demanda fue cumplida, entonces supe que el demonio pensaba poder comprarme con eso, del mismo modo que había utilizado la cosecha como pretexto para crear la confusión. Usé lo mismo contra él. Los campesinos tenían un comportamiento extraño, se había sublevado, sin obtener un beneficio personal por ello. Y cuando el jefe dijo que necesitaban la cosecha para cambiarlas por su libertad, estuve seguro de mi teoría. Una idea tan absurda sólo podía venir de un extranño.

El Maestro de Espadas había hablado con serenidad, con los brazos cruzados sobre el pecho y los tentáculos flotando al viento. Parecía particularmente satisfecho por el desenlace de esta historia, al contrario que el funcionario condenado cuyos ojos se movían en todas direcciones.

– Pero- dijo el funcionario-, la cosecha está estropeada porque los aldeanos lo devoraron todo durante la noche. ¿Qué vamos a hacer?

– En la guerra, no hay sacrificios a medias- respondió el Maestro de Espadas-. Y tú vas a subir a esa carreta para ir a explicarle al rey cómo dejaste a un demonio enemigo fomentar una rebelión en el seno de nuestro querido pueblo.

Los cuentos de Diyu

# *Maestro de Espadas Humano, por Pierre Bouas*

---

” Escuchad esta lección. Escuchadla con atención, porque es esencial. ¡Si debéis recordar algo, que sea esto! Cuando dije que el arma más importante para un guerrero era el espíritu, algunos de vosotros os reísteis. No me molestó, porque me gusta dar la lección en un ambiente distendido. Sin embargo, sé que éstos dijeron: “mirad al maestro que aún nos va a enseñar filosofía. Dice cosas poéticas y sin sentido para darse un aire profundo”. O simplemente pensaron que había bebido y que mi espíritu estaba nublado... Si es así, reíos si queréis, pero os lo repito: lo fundamental para un guerrero es el espíritu.

A menudo veo escuelas que insisten en una postura. E incluso profesores que promueven el dominio de una única arma, considerándola, de buena fe, la más eficaz de todas. Los maestros dicen a los alumnos: “¡practicad y este estilo os hará invencibles!. Y los alumnos practican ese estilo, tanto que nadie puede rivalizar con ellos en su campo. ¡Ni siquiera yo! Lo digo sin fingir humildad. Uno conoce la postura de la garza o la del mono mejor de lo nunca llegaré a conocerlas yo. Otro es tan hábil con la lanza que sería estúpido desafiario en dicha disciplina. Todos ellos obtienen una gran satisfacción que, aunque pueda parecer válida, no es más que un error.

Luego, seguros de su arte, los alumnos de estas escuelas toman el camino de la guerra. Muy a menudo, mueren allí... Y los que regresan con sus dos brazos y piernas suelen despotricar contra su aprendizaje o no contratan más a sus maestros. He aquí la razón: el enemigo no es un adversario simple. El enemigo, el enemigo verdadero, no viene para que perfeccionéis vuestro entrenamiento. No halagará vuestras poses ni apreciará vuestra perfección cuando maneéis vuestra arma preferida. Viene a mataros. Ese es su único fin. Y su única opción es sorprenderos. Si lo esperáis con una espada, atacará con una lanza. Armaos con una alabarda, os lanzará flechas. Sed terribles en los duelos, y seréis cercados por diez soldados... Comprendedlo: todas las armas pueden romperse, todas las armaduras tienen su fallo, todas las enseñanzas tienen su fin. Vuestro espíritu sólo puede elevarse sobre esta imperfección, porque vuestro espíritu está vivo. Siempre que lo mantengáis vivo...

Desde que entré al servicio del señor Yanluowang, me he enfrentado a todo tipo de enemigos: demonios del exterior, bandidos condenados, magos, hombres-bestia... Y por supuesto, otros maestros que venían a desafiarme. Ninguno de ellos luchaba igual. He sobrevivido a 900 duelos y a 16 batallas. Lo digo sin jactarme de ello, sólo para instruiros. ¿Qué me hizo mejor? ¿Se lo debo a mi fuerza? ¿Es mi agilidad? ¡NO! Se lo debo a mi espíritu. Los más veteranos entre vosotros saben que prefiero la postura del gato y que gusto de manejar el zhanmadao antes que cualquier otra arma. Sin embargo, a la mayoría de los enemigos que vencí, los maté de otra forma. Vosotros deberíais hacer lo mismo: adaptaos al adversario antes que intentar vencer mediante vuestras preferencias.

Sed atentos, estad alerta: ¡observad y no os dejéis sorprender!  
Sed flexibles y cambiantes: ¡cambiad de táctica inmediatamente si la que habíais escogido resulta ineficaz!  
Sed astutos e imaginativos: sorprended a vuestros enemigos y actuad de forma inesperada en cuanto tengáis la ocasión. ¡Nadie debe adivinar jamás cual será vuestro próximo movimiento!

Es pagando este precio, y solamente éste, con un espíritu ardiente y siempre alerta, cuando vosotros os volveréis invencibles . Olvidadlo y habréis muerto en un instante y además os olvidarán... “

La sabia maestra Luen

# *El Portador de Almas, por Pierre Bouas*

---

## **El antepasado del burócrata**

Un día, hace mucho, mucho tiempo, Mara la corona de sangre\* atravesó el muro de los limbos e invadió el cuarto distrito. Su ejército incendiaba y saqueaba todo lo que podía a su paso, destripando a los híbridos y esclavizando a los demás. Un puñado de campesinos que se había salvado de la matanza, se reunió en consejo en medio de las cenizas de un pueblo de la gran grieta de Col Pei.

- Si no nos escondemos – decían- , los demonios del exterior nos matarán. La muerte vendrá a por nosotros sin que hayamos podido acumular suficientes bienes y nuestra próxima existencia será vergonzosa.
- Aunque nos escondamos – respondió el portador de almas del pueblo, que era el más valiente y el más sabio de todos ellos-, los pérfidos hombres salvajes que siguen al ejército de Mara nos desalojarán y nos matarán. Prefiero renacer bajo la forma humillante de un gusano que estar esperando siempre a ser atacado. Recordad que nuestro deber es defender nuestro querido Infierno de Diyu. Es el Infierno de nuestros antepasados, así como de nuestros descendientes. Nuestro señor Yanluowang ya debe de haber reunido a su ejército de inmortales para rechazar a los invasores. ¡Unámonos a él!

Estas palabras prudentes y orgullosas despertaron el coraje de otros campesinos que decidieron ponerse en marcha. Sin embargo, uno de ellos no se sintió confortado por el discurso. Desde que abandonara las Salas de las Torturas, no había aportado ningún beneficio. Sin duda temía reencarnarse en algo peor que un gusano. Le dice aparte al portador de almas:

- Soy el tátara-tátara-tátara-tátara-tátara tío abuelo de un juez de Yuming. Mi descendiente es una persona viva importante, ¡y eso me convierte en un antepasado importante! Si en algún momento, durante nuestra larga marcha, nos cruzamos con demonios del exterior, acuérdate de salvarme. Mi descendiente sabrá agradeceréte.

El portador de almas se mostró conformé asintiendo con la cabeza, pero no dijo nada.

Más tarde, mientras rodeaban el famoso arrozal famélico de su distrito, el pequeño descubrió a tres soldados del ejército de Mara en el camino, delante de ellos. Entonces, uno de los campesinos dijo:

- Continúad sin mí, compañeros, voy a atraerlos hacia el arrozal.

Entonces, se lanzó hacia los condenados de la Gula con grandes aspavientos, y éstos lo persiguieron. Cuando lograron cercarlos, el agua les llegaba a la cintura. Antes de que pudieran lanzar sus largas lenguas, el arrozal se los tragó, así como también se tragó al valiente campesino. Todos se emocionaron por el sacrificio de su compañero, excepto el antepasado del juez que había pasado mucho miedo. Entonces le dijo al Portador de Almas:

- Acuérdate de lo que te he dicho, y mi descendiente te cubrirá de riquezas.

Más tarde, cuando atravesaban las cataratas eclipsadas, el pequeño grupo vio otros tres soldados del ejército de Mara en el camino, tras ellos. Entonces, uno de los campesinos anunció:

- Continúad sin mí, compañeros, voy a retenerlos al pie de las cascadas.

Se quedó atrás, guadaña en mano, y retrasó a los fanáticos. Estaban a punto de degollarlo cuando las cataratas empezaron a fluir de nuevo. La cólera del agua se los llevó, así como al valiente campesino. De nuevo, todos los demás lamentaron el sacrificio de su compañero, excepto el antepasado del juez que había tenido mucho miedo. Y entonces, volvió a decirle al Portador de almas:

- ¡Recuerda lo que te dije, y mi descendiente te dará un cargo honorable en Yuming!

Finalmente, el pequeño grupo llegó hasta el río de leche rancia que separaba la frontera entre el cuarto y quinto distrito. A lo lejos, divisaron el ejército inmortal del señor Yanluowang con sus héroes, sus magos y sus demonios. Esta visión los llenó de alegría, pero por desgracia, a pocos pasos del camino, tres pérfidos hombres bestia los esperaban, escondidos por cañas traicionaras. Al verlos, el antepasado del juez se volvió hacia el Portador de Almas para indicarle algo. Sin embargo, no tuvo tiempo de pronunciar ni una palabra: un disco de guerra había cortado la garganta a uno de los campesinos, pero el Portador de Almas había preferido ver rodar su cabeza (NT: vamos que le cortó la cabeza al antepasado del juez). Los hombres bestia

recogieron el cadáver y regresaron a las cañas para descuartizarlo a su antojo y decorar con sus trozos sus escamas y sus plumas.

Durante este tiempo, otros campesinos consiguieron huir y reunirse con el ejército de Diyu, al lado del cual combatieron hasta que los invasores fueron rechazados. Y decimos que, como recompensa de su coraje extremo, el mismo gran Yanluowang les prometió restaurar su pueblo una vez recobrada la paz.

- 
- Da igual ser grande o pequeño – dijo el alumno – la lealtad de cada uno es el máspreciado de los tesoros, porque no se compra.
  - Has comprendido la lección - respondió el maestro.

Los cuentos de Diyu

\*Nota de Abaadoth: se trata del archidémon Ahriman

## *Los Campesinos, por Pierre Bouas*

Uno de los aspectos más desconcertantes de Diyu es la proliferación de bestias y de plantas salidas del Valle de las Lágrimas que el señor Yanluowang tolera allí. Y la palabra tolerar no es una exageración, cuando depende de su voluntad que sobrevivan en el ducado. ¡Incluso ordena a su gente cazar a los Colmillos para proteger su jardín del Edén!

Aves de corral, cerdos, bueyes... Vemos corretear por doquier, en los pueblos, a los ridículos animales del mundo de arriba. Son tan débiles que bastaría para exterminarlos un pestañeo de una jauría de bestias de nuestras comarcas para exterminarlos a todos. Ocurre lo mismo con las plantas que los mortales soñaron con aclimatar a este suelo fétido, y para las que el archidemonio mantiene un simulacro de estaciones y de días. En Diyu, además de los falsos juncos y de los lotos espirituales que crecen normalmente, plantamos árboles, bambú, cereales...

Para ocuparse de esta vida invasora, Yanluowang dispone de un auténtico pueblo de campesinos, casi siempre son condenados liberados de las salas de tortura. Estos siervos, cuya estancia en los Infiernos a menudo ha sido muy larga, están marcados por estigmas que se esforzarán por eliminar a través de una estricta penitencia. Por eso ayunan durante el año – ¡y calculan escrupulosamente el paso del tiempo! – y se alimentan una única vez, durante el Pudu de Zhongyuanjie. Este banquete de la "fiesta de los muertos hambrientos" es su única oportunidad de degustar los frutos de su trabajo.

Las criaturas y las plantas también son deformadas por el viento del abismo. La descendencia de los animales se va envileciendo. ¡Incluso contamos una historia de una cerda que parió una camada de lémures! El grano se vuelve más tóxico a cada nueva cosecha, eso cuando no se convierte en piedra justo después de haberlo recogido... Es necesario que los vivos que comercian con Diyu traigan constantemente nuevas semillas.

Pero algunos ganados y algunos campos se benefician de los favores de Yanluowang, quien les dedica una gran parte de su Materia Prima. Entonces, a base de trabajo, producen un alimento que podría catalogarse de sano ¡y a veces hasta milagroso! Esta preciada producción, en lugar de malgastarse para alimentar a los villanos en el Pudu, está destinada al placer de los inmortales, a los comerciantes itinerantes y a las arcas de la burocracia de Yanluowang; porque toda la sociedad de Diyu se basa en la gente campesina para sustentar su malvado negocio con el Valle de las lágrimas. También sustenta a los que, muertos o vivos, reniegan la austeridad y buscan la metamorfosis aportada por el aliento del abismo.

Reconozco haber tardado mucho en captar las motivaciones que empujaban al archidemonio a montar tal mascarada. Pero, finalmente, su cruel refinamiento finalmente apareció ante mí durante un viaje que se me autorizó al interior de sus tierras, y de repente, la extraña obsesión campesina de Yanluowang me resultó familiar. Sus condenados viven una parodia de su pasado: condenados al ayuno con la vana esperanza de regresar a la existencia terrestre. El espectáculo de las vituallas que extraen del lodo de los Infiernos, es el eco de lo que perdieron. Y su ayuno sería menos cruel si no fuera roto una vez al año. Si nuestros muertos sobreviven muy bien sin alimento, en Diyu vuelven a aprender a pasar hambre. Una tortura lacerante, que los subterfugios del tiempo en este ducado la convierten en diaria y mensurable.

Cuando se piensa en todos estos duques y barones de nuestros círculos que se remueven sin cesar en sus jardines privados a descuartizar, destripar o crucificar... ¿Cuántos bosques de empalamientos, de ruedas y de horcas nos ahorraríamos, si nuestros maestros torturadores pensarán por un instante en inspirarse con este sobrio y temible suplicio?

Prisionero de Yanluowang, por la súcubo Shabd' Illa

# *Kuan Yin, Sacerdotisa Naga; por Pierre Bouas*

---

## **Lo que esconde el caldero de la Naga**

Había una vez, en el cuarto distrito, una joven muchacha que se llamaba Mei. Como en vida había tenido un corazón noble, no había permanecido demasiado tiempo en las casas de tortura y luego su custodia fue confiada a su antepasado Xue Gang, jefe de un pequeño pueblo de campesinos.

Pero Xue Gang era un tirano. En vez de seguir la sabia senda de austeridad de los muertos, imitaba la existencia de los vivos y alentaba a los aldeanos a las peores orgías. Fue tan duro y tan cruel con la infortunada Mei que ella acabó por huir en compañía de Ting, su única amiga, que, al igual que ella, sufría la brutalidad del jefe del pueblo. Entonces, las dos jóvenes atravesaron la desolación del Valle Rojo para buscar la morada de la naga y ofrecerle un lémur.

A medida que se alejaban de su casa, Ting estaba cada vez más asustada y olvidó su decisión inicial. Entonces empezó a contar a Mei los horrores que se contaban de la naga para convencerla de volver a casa.

- Ella tomó el nombre de una Bodhisattva muy misericordiosa – decía -, pero en verdad, la naga es hija del demonio Mara. Al igual que su padre, ella intentó desviar a Buda de su camino, pero fue en vano. Como castigo, el emperador celeste la encerró en Diyu.
- ¡Y tú que sabrás!
- La naga es tan corrupta que fue liberada, por su tribunal, en el segundo distrito y sólo abandona su ermita en tiempos de guerra. ¡Es una sacerdotisa tantraka! Para conseguir poderes mágicos devora la carne de los muertos y se emborracha en lugar de ayunar...
- No me importa – respondió Mei – sólo ella puede ayudarme.
- Cuando aún vivía bajo el Cielo, la naga se arrastraba por lugares oscuros, bebiendo la sangre de los viajeros y buscando aparearse con las bestias salvajes.

La una se ensañaba a contar historias horribles y la otra hacía oídos sordos, tanto es así que las jóvenes muchachas no se percataron de que habían llegado a la entrada de la cueva del demonio.

- ¿Eso es lo que dicen de su querida tía Kuan Yin? – Profirió de repente una voz.

Aterrorizada, Ting huyó, pero Mei saludó a la naga sin temblar:

- Querida tía Kuan Yin, os he traído un lémur como ofrenda. Aceptadme como criada y como discípula. Yo también quiero controlar el viento, hablar la lengua de los Colmillos del Infierno y, con tan sólo cerrar los ojos, contemplar los secretos del Tao.
- ¡Yo no sé hacer nada de eso! ¡Sigue tu camino, mi niña! – Respondió Kuan Yin halagada, no obstante, de que se le atribuyeran tales poderes.
- Prepararé vuestra pipa de chandoo...
- ¡Podría aplastar tu cuerpo endeble entre mis anillos sólo para divertirme!
- Tomadme a vuestro servicio, tía – insistió la joven -. Alimentaré el fuego de vuestro caldero cuando Yanluowang os convoque a la guerra.
- ¿Acaso sabes qué contiene este caldero, desgraciada? ¡La sangre, los sesos y el corazón de los muertos! ¿No te asusta eso?
- ¡Mejor cocer a los muertos que a los vivos! – Respondió Mei.

Ante estas palabras, la naga se echó a reír. Luego miró a la valiente muchachita. Era hermosa, a pesar de las marcas tumefactas de los golpes en su cara. Demasiado bella, sin duda, con sus cabellos de azabache, sus pechos eternamente incipientes y su piel de nácar. El sufrimiento y la rabia que brillaban en sus ojos eran los de una mujer quebrada por el deseo de los hombres.

- ¿Qué te hicieron los tuyos para que vengas a buscarme?
- En mi pueblo era la chica de nadie y la mujer de todo aquel que quisiera. Mi antepasado Xue Gang abusó de mí y permitió a todos los aldeanos hacer lo mismo. Y sus esposas no me ayudaron, porque mejor que sufriera yo que no ellas.
- Así que es por esto por lo que has recorrido este camino. Para que venga tu humillación y tus lágrimas.
- No tengo más familia. Rechazo a mis antepasados y a todos los de mi linaje que me abandonaron. Sólo le tengo a vos, querida tía.
- Si bebes de mi brebaje te aceptaré como mi criada y mi discípula.

- ¡Respeté la abstinencia desde mi muerte! – Protestó Mei.
- Si no lo quieres, niña, ¡sigue tu camino!

Por primera vez desde su huida, la muchacha tembló. Fue un escalofrío de asco. Pero cuando bebió, con los ojos cerrados, del cucharón que le ofrecía el demonio, el brebaje innoble se convirtió en una deliciosa poción de olvido que le recordó la vida y la liberó de su pena.

- ¡No toleraré que se haya violado a mi sobrina! – Profirió entonces la naga -. ¡No permitiré que se haya abusado de mi criada!

Un poco más tarde, mientras se deslomaban por cultivar en vano el amargo grano estéril de la arrocera, las esposas de los aldeanos vieron una última vez a Mei. Fue Ting quien la vio la primera y alertó a los demás con sus gritos. Las mujeres intentaron perseguir a la fugitiva, pero ninguna llegó a cogerla. Mei las llevó lejos del pueblo. Cuando por finalmente, las esposas, regresaron a sus casas, encontraron los cuerpos de sus maridos destrozados y desmembrados, así como el del cruel Xue Gang. ¡Pero no estaban sus cabezas! La naga se las había llevado para llenar su caldero.

- 
- ¡Ya sé! – Anotó el alumno – ¡Mei es la determinación del inocente, Ting la debilidad nacida de la duda, Xue Gang y los aldeanos son el ejército de las tentaciones, el caldero contiene la alquimia perfecta del Tao y Kuan Yin es la justicia implacable de la burocracia celeste!
  - ¡No! – respondió el maestro – ¡Kuan Yin es Kuan Yin! Su corazón sangra como el de los vivos. Pero a menos que gustes de la carne y la sangre de los muertos, si te la encuentras sigue tu camino...

Los cuentos de Diyu

# *Centinela Imperial humano, por Thomas Cheilan*

---

Has sido escogido para servir al emperador y por ello seguirás mis enseñanzas. Antes de nada, has de saber que tu tarea te hará viajar más allá de lo que tu espíritu puede concebir. Pocos combatientes son capaces de aceptarlo. Es por eso que pocos candidatos tienen la ocasión de ser elegidos para este puesto.

Si estás aquí, es inútil advertirte de la importancia primordial de esta misión, porque has sido escogido por la devoción de tu alma hacia las cinco virtudes: metal, madera, tierra, agua y fuego.

Posiblemente tú mismo lo ignoras, pero tu espíritu respeta intuitivamente los principios de devoción y divulgación de los cinco elementos. Coexisten en la armonía del Yin y del Yang.

Si no te das cuenta de ello plenamente durante la iniciación, morirás.  
Si le revelas a alguien mis enseñanzas, morirás.  
Si intentas saber quién soy, si esperas cruzarte con mi mirada durante un entrenamiento o si crees que puedes contemplar mi cara, morirás.

Así será, y no por mi mano, ni por la de otro, sino por tu propio destino. Porque si te pones en evidencia a través de alguna de las formas que te he indicado, significa que tu espíritu no es apto para la tarea, que no aprovecha plenamente el aprendizaje. En este caso, serás suspendido rápidamente. Caerás en la primera emboscada. Porque allí donde vas, el peligro es omnipresente.

Has sido escogido para servir al emperador, inmenso es el honor que se te ha concedido. Pero entre los valientes que constituyen su guardia, no eres de los que deben caer con él. Tu papel es participar en la perennización de su reino, y del de su dinastía, si ésta cayera. Así es el pueblo de Qin.

No creas que blasfemo diciendo esto. Tu mirada continuará acechando la amenaza más allá de la muerte. he aquí por qué te llama el Imperio.  
Atravesarás los bosques salvajes y los ríos glaciales sin temor de los enemigos invencibles que te esperaran al final de tu camino. Tomarás un paso bajo el monte Mingshan y descubrirás que el reino del Emperador no acaba en las tierras de los mortales.

Al otro lado, hay unas legiones de criminales que deben expiar sus pecados. Pero no debes ser juez de los crímenes que cometieron. Tampoco debes tampoco mostrar compasión por su aspecto, ya que es la muestra de su condena. Tu deber es observarlo todo, y saber cuando hay que actuar. Sólo de esto debes ser juez. Has de intervenir cuando sientas que acecha un peligro.

En esos momentos, tu corazón debe ser tan duro como tu armadura. Tu único sentimiento es la satisfacción de servir a nuestro soberano. Nada puede distraerte de tu tarea, porque actúas según las cinco virtudes. Ellas son las únicas que te guardarán de las hordas de bárbaros monstruosos que merodean por allí.

Por el metal, la coraza es tu cuerpo, la lanza tu brazo. Concentras todas tus fuerzas vivas en el manejo de tu arma. Así, tu mano jamás tiembla, tus golpes poderosos son ejecutados sin que ninguno de tus movimientos sea hecho al azar. Si debes morir, te llevarás contigo al adversario.  
Por la madera, todos los elementos se convierten en una fuerza aliada. Eres una atalaya infatigable que resiste al clima. La lluvia, el lodo, la ceniza te cubre, pero el ejército enemigo te ignora, porque cree ver en tu lugar un montículo que se eleva del suelo, mientras tú los distingues claramente. Estás más cerca del adversario que él lo está de ti.  
Por la tierra, ignoras el hambre, el sueño, porque solo te satisface el servir al Emperador. En otro lugar, las estaciones se suceden, las dinastías se apagan, pero tú te quedas en tu puesto. Siempre al acecho, el adversario subestima tu valor cuando cree que te acecha.  
Por el agua, jamás te apartes de los principios que enuncio, no cedas ante la tarea que hay que cumplir. Si el enemigo te menosprecia, es porque ignora la multitud a la cual perteneces. Qué tu adversario te golpee el

primero, la réplica será aún más poderosa.

Por el fuego, tú y los tuyos acudiréis desde las cuatro esquinas del dominio, porque el señor Yanluowang lo pide. Aprende a contemplar su cólera, porque la sentirás hasta en las entrañas de la tierra si el enemigo intenta quebrantar la armonía de Diyu. Si hay que tomar la iniciativa del ataque, que el ímpetu de tu carga refuerce el ardor de tu golpe.

Así, por la fuerza de todo tu ser, eres el combatiente más temible que existe. No actúas por la gloria, ni para mostrar tu valor personal, sino por disciplina. Porque eres y serás un centinela imperial, un baluarte del orden contra el caos. “

Enseñanzas prohibidas de la casa de Jade, discurso de iniciación de los novicios.

# *Centinela Imperial demonio, por Pierre Bouas*

---

## **Los diez mil bastonazos**

Un día, hace mucho tiempo, a un demonio llamado Pu Wong se le encargó vigilar una de las entradas de la decimoséptima cámara de las torturas. De pie frente la estatua del noveno dios local de los descuartizadores, bostezaba, abriendo su enorme boca mientras contemplaba el horizonte de Diyu. En aquella época, el clima no cambiaba en ese distrito, dejando el paisaje eternamente cuajado de nieve. Pero al menos, la llama danzarina de las velas que alumbraban los tapices sagrados alegraba sutilmente el umbral donde hacía guardia, ayudándole a mantenerse en vigilancia constante.

Como si hubiera sido llamada para distraerlo de su aburrimiento, se le acercó una pequeña vieja. Tenía la tez macilenta de los muertos, pero sus ojos brillaban con malicia, cosa que hizo sospechar al demonio. Su espalda se encorvaba bajo el peso de un fardo con trozos de hielo, y Pu Wong comprendió que, sin duda, trabajaba en los campos blancos, rompiendo las gruesas placas de hielo para abastecer a la decimoséptima cámara. Vamos, una pordiosera.

- Mi hijo... mi hijo... – empezó a murmurar la vieja.

¿Qué habría hecho ese bribón? La vieja se lanzó a la narración de una lastimosa historia familiar donde se entremezclaban toda la injusticia del mundo y una vasija llena de perlas. El demonio suspiró. El caso ya era conocido. Un difunto se lamentaba del destino de un pariente y esperaba conseguir su liberación antes de su hora. Entonces, se acercaba a un centinela con la esperanza de sobornarlo, engañándolo con mil maravillas. Prometían un barrilete de baijiu (vino chino), chandoo (un tipo de droga) o incluso pasar algunas horas con la tercera esposa, fallecida joven y guapa.

¿Acaso todos estos muertos ignoraban que la guardia de Diyu era incorruptible? A su amigo Hang Ti lo habían cogido con las manos en la masa y había recibido diez mil bastonazos. La cantidad exacta de golpes que debían administrarse a un difunto que hubiera dejado de hilar... ¡Eso daba qué pensar!

Y luego, esa historia de la vasija llena de perlas encontrada mientras rascaba el hielo de las extensiones infernales parecía sospechosa. ¡Más bien era el fruto de un robo, sí! , reflexionó pu Wong. Por cierto, la vieja mostraba una loable devoción filial, pero su método contravenía las leyes de Yanluowang y el demonio no tenía ganas de ser su cómplice. Merecía un castigo, igual que su retoño. Y como se aburría, el demonio pensó que sería divertido encolerizarse para asustar a la vieja.

Entonces, invocó toda su rabia y se dejó llevar por ella: sus ojos giraron en sus cuencas, su boca hinchada y enrojecida lanzó aullidos mientras hacía girar su alabarda. Tuvo éxito, ya que la vieja huyó aterrorizada abandonando allí su carga. Pero en su ademán, el demonio golpeó uno de los pilares que sostenían el tejadillo de encima de su cabeza y lo rompió. Cayeron tres pesados tablones.

El primero golpeó a Pu Wong.

El segundo rompió en pedazos la estatua del noveno dios local de los descuartizadores.

El tercero desenganchó los tapices sagrados que se quemaron al entrar en contacto con las velas.

Cuando el demonio se levantó, el contraamaestre se alzaba ante él, furioso: ¡la puerta de la cámara de torturas estaba en llamas y los sirvientes iban de cabeza intentando sofocar ese principio de incendio! y así es como Pu Wong recibió los diez mil bastonazos.

-----  
- ¿El demonio había actuado mal? – Preguntó el alumno.

- La idiotez, la vanidad y la impulsividad a menudo desnaturalizan la rectitud del acto – respondió el maestro -. No le incumbía castigar a la vieja, debería haberse contentado con declinar educadamente su oferta.

Los cuentos de Diyu.

## *Cheng Xiao-Chen, por Thomas Cheilan*

---

La princesa Lilith había venido a visitar a "sus primos" de los Nueve Iris.

A ella le gustaba llamar así a los archidemonios por el placer de la provocación mezclada con una pizca de placer obsceno. Obviamente, al ser su rango inferior al de los Nueve, esa forma de llamarlos era un completo sacrilegio. Pero la princesa siempre se permitió este tipo de faltas, incluso me atrevería a decir que incluso mayores, en numerosas ocasiones y en cualquier situación. Reconozco que la evocación de las hazañas, de las que ella se sabe culpable, enciende mi pluma; pero no hay nada más irritante que te informen de ellas otros a pesar de haber participado en ellas, precisamente de eso trata, por desgracia, mi triste condición de Gran Cronista.

De todas formas, las súcubos, por el momento, no estaban en la orden del día, y por mas que la muy lasciva se pavoneaba en las posturas más obscenas, con innumerables instrumentos de tortura apartados de su función, pasaba desapercibida. Simplemente, los grandes señores feudales tenían la cabeza en otro lado.

Lilith venía desde sus provincias – tan lejanas que olvidaríamos el nombre en estos tiempos turbulentos – para tratar asuntos que inquietaban al tribunal infernal. Y nadie parecía querer prestarle atención.

Mi terrorífico soberano, Angra Manyu, se había negado a recibirla hasta que no jurara que su único señor era Lucifer. Es verdad que, para Lilith, el servir a un único señor significaba perderse mucha diversión y, podemos estar seguros de que aceptó esta orden con el mayor de los desdenes.

Pero, en esta reunión, no fue tratada mejor que los demás; cosa que la enfureció en sobremanera. Ella no quería aceptar que estaban en guerra y que la llegada de los ángeles a la ciudad cautivaba la atención de los más poderosos.

Por otro lado, la bestia no se sentía vencida por tan poca cosa. Gracias a su número de provincial, había conseguido incitar a una pequeña hermandad de embajadores infernales, a los que prodigó sus favores rápidamente, devolviéndolos a su estado primitivo de diablos del Sabbat.

Su cortejo de Cornudos le había dado un poco de atención, ella deseaba hacerse notar en el campo de batalla más cercano, fuera de los Nueve Iris.

Con ello, pretendía continuar con la política, haciéndose famosa mediante algunas hazañas guerreras. Su decepción fue grande cuando, una vez fuera de la titánica y tenebrosa morada del archidemonio, comprendió que, con todas las compañías que la precederían en el camino, parecería más bien una zorra oportunista que pretendía robarles el primer sitio. Por eso, decidió tomar un atajo que los estrategas parecían haber olvidado. Los diablos que la acompañaban intentaron, en vano, disuadirla de ello; pero Lilith sólo veía ante ella una puerta de acceso uno de nueve ducados. Con su rango de princesa, podía obligar a cualquier archiduque a dejarle atravesar su feudo.

Así es como Lilith se vio transportada a un paisaje extraño y especialmente apacible, cosa rara. El cielo lucía con una dulce claridad, y la nieve cubría las colinas cercanas, salpicadas por árboles muertos. Allí, sobre un pequeño puente de piedra que salvaba un río, se hallaba un anciano oriental con la cara descarnada por los siglos, una momia envuelta en delicadas telas de seda, alrededor del cual se enrollaba un lémur o, mejor dicho, un dragón.

Aquí, vuestro humilde servidor reproducirá la escena tal y como se considera que fue.

Lilith se adelantó hacia el puente, contoneándose provocativamente, exhibiendo sus arrebatadores pechos y luciendo la expresión de la más inocente de las vírgenes. Sin ni siquiera inmutarse por esta exhibición, el mandarín infernal desenrolló, hasta el suelo, con un gesto enérgico, un rollo de pergamino. A medida que lo consultaba, sujetando el borde superior con su larga mano con garras, la impaciencia parecía apoderarse del anciano.

- ¿Quién eres, criatura?- acabó pidiendo con tono autoritario-. No encuentro la lista de tus crímenes.
- Me llamo Lilith – respondió la princesa con picaresca -, y no cometí crimen alguno, ya que no soy una condenada.
- ¿Ningún crimen? ¿Estás segura?

Con su mano libre, el mandarín empezó a garabatear el pergamino. Su actitud superior irritó a la demonio.

- ¿Qué te atreves a escribir en mi contra, viejo macho cabrío? – Exigió cruzando los brazos.
- Lilith, intento de corrupción a un burócrata imperial. Y voy a añadir también el ultraje del que acabas de ser culpable... “viejo macho cabrío ” es irrespetuoso.

Esta respuesta provocó la cólera de la súcubo, cuyos cuernos crecieron desmesuradamente mientras el color de su piel se tornaba rojo sangre.

- ¿Y con qué derecho puedes permitirte levantar acusaciones contra mi noble persona?- Gritó.-
- En virtud de los exámenes imperiales que pasé con éxito durante la dinastía Sui – respondió el mandarín con brillantez.

Fijando sus pequeños ojos relucientes en la mirada colérica del demonio, retrocedió un ligero paso alargando uno de sus dedos grifudos hacia la criminal. Y esto, por supuesto, sin dejar de blandir en la misma mano, debido a algún principio religioso, el rollo de pergamino.

Él acompañó sus movimientos con una enérgica amonestación:

- Me llamo Cheng Xia-Chen y en las tierras de mi señor sólo se aplica su ley. Consiente a expiar tu pena en el decimotavo infierno o el castigo podría ser aún peor.

Lilith, sin pensárselo, lanzó al asalto del pequeño puente a su compañía de diablos. La rabia de su encantadora ama exigía una carga bestial para aniquilar al susodicho.

Quiso gritar una orden destinada a reforzar el furor de sus tropas, pero la mirada que lucía Cheng le hizo perder el hilo de sus pensamientos.

El primer agresor alcanzó al burócrata, seguido de cerca por los demás. Los Embajadores que cerraban la marcha saltaron directamente al río para rodear a su presa. De esta forma, todos fueron alcanzados por el aliento de dragon del lémur que los honró evaporándose. Esto hizo menos precisos sus ataques. El cornudo que iba a la cabeza, y que cargó contra el mandarín, iba mucho más lento y recibió más golpes de los que infligió. En vez de morir al instante, la sublime momia se mostró especialmente resistente sobreviviendo a las primeras bandadas de garras y que drenando la vida del adversario, con una celeridad notable de sus gestos. Al ver que los guardianes del lugar acudían desde todos los lados, Lilith, que observaba la escena desde lejos, les gritó a sus sirvientes:

- ¿No vais a poder arreglaroslas con un maldito viejo panda de incompetentes?

Este insulto cansó a los diablos que, viendo que el burócrata se les resistía y que se acercaban sus refuerzos, abandonaron el combate y a la princesa. Pero uno de ellos no se fue porque Cheng drenó su vida para curarse completamente.

Entonces, él se reajustó su vestido, retomó su sitio sobre el pequeño puente y le recuperó a su dragón, sin señal alguna de agotamiento físico. Lilith lo vió garabatear de nuevo en su pergamino y su cólera se difuminó, para dar paso a la hilaridad cuando comprendió que el burócrata imperial Cheng Xiao-Chen estaba agravando la lista de los cargos que pesaban contra ella... La idea de dejarse tomar por manos expertas sobre una mesa de torturas le embargó el espíritu.

- ¿Cuáles son los castigos infligidos en el decimotavo infierno? – Preguntó con aire travieso.
- La destrucción del alma – respondió el burócrata.- Pero mi Señor puede transformar la sanción en pena menor si das prueba de humildad.

Estas son las últimas palabras que oyó el embajador infernal que me trajo este suceso antes de huir de las tierras del rey Yanluowang. Desde entonces, el tribunal infernal no ha vuelto a tener noticias de la princesa Lilith.

Abaadoth, Gran Cronista de los Nueve Iris